

Sexto Concurso de la Colocadora

El Sexto Concurso de la Colocadora Nacional de Valores Banco de Fomento-Fundación Pacífico, se inauguró el 29 de octubre pasado en la Sala Matta del Museo Nacional de Bellas Artes. Allí estará a la vista de quien quiera visitarlo para disfrutar según le plazca, porque da para reacciones encontradas, de la estimativa seria a la sonrisa, del pasmo a la euforia.

El Salón lo domina Gonzalo Díaz y no porque le haya puesto un nombre de folletín o de novela por entrega a su tríptico ("Tríptico de los hijos de la dicha o introducción al paisaje chileno"), sino por una razón de peso específico que va de la médula de la pintura hasta la piel del dibujo, el colorido y la técnica.

Sus valores se resumen en la palabra síntesis y se explicitan en la palabra análisis. Valores que admiten la reversibilidad en un juego pendular, por el cual, al contemplarlo, podemos aplicar el microscopio de la mirada, próxima al detalle, y el telescopio de la mirada distante, abarcadora del total.

Descubrimos todo un universo. Aparecen como trasfondo los genios espectrales del Barroco, con Rubens y Velázquez proyectando las sombras de la grandiosa tradición occidental, como curadores de este Gonzalo Díaz, iberoamericano de Chile.

Está también la tradición nueva, la engendrada por los genios del arte moderno, los muy amados expresionistas, como también el desenfado con que enseñaron a borrar las formas, la seguridad agresiva para colorear sin complejos de inferioridad y hacer de la pintura faena sabia, documentada de oficio, juego y castillo de naipes que, no obstante, por su buena armazón, debe erguirse sin peligro de caídas.

Lo vertebral de esta pintura nació de la vigilia de una sensibilidad fuerte y aguda, inteligente y oscura que recogiendo los estremecimientos del pla-

cer y del dolor, con dramas urdidos por la banalidad y el narcisismo, la riqueza y la miseria moral, hace la cosecha de sus reflexiones y los fines a que con ello se llega.

El autor, con propósitos de orden didáctico, acompaña su trabajo con otro: una hoja explicativa. No está mal. No lo necesita. Las formas hablan por sí mismas.

Gonzalo Mezza es otro nombre importante. La generación que ha naci-

do educada por la imagen de producción mecánica, de la fotografía, el cine y la televisión, aplastada por la servidumbre del noticiario, el documento y la información ciega, reabre los ojos a esa imagen, con todas las potencias estéticas de su alma y nos regala, para el entendimiento artístico, una bella obra que titula "Video Constelación Cruz del Sur".

Carlos Ortúzar es artista de elevadas empresas plásticas. Tampoco son chi-

cas. Aquí, en tres pinturas abstractas, discurre con su personal punto de vista, discrepante, por cierto, de Ramón Vergara Grez, aunque anden en la misma procesión del arte que en las historias llaman concreto, y que, para el vulgo, ha sido bautizado como abstracto geométrico. Es un aristócrata del buen gusto, de la medida y la sutileza en lo acerado, sintético y definitivamente quintaesenciado.

Vergara Grez es víctima de un me-



Ganador del Gran Premio del concurso fue Gonzalo Díaz, con el tríptico "Los hijos de la dicha o introducción al paisaje chileno", del cual presentamos la primera parte, muy elocuente y otra que recuerda a El rapto del Serrallo.

Crítica de Arte

POR VICTOR CARVACHO

dió artístico adocenado y cristalizado en apreciaciones inamovibles e inmovibles sobre lo que hace y lo que no hace. ¿Por qué no lo discuten? ¿Qué resorte mueve a los espectadores a la pereza mental? Tiene material polémico a montones. Fiel a lo de ayer, sigue en un ahora diferente. ¿Qué? ¡Ah!, etc diría Mac Kellar. El buen oficio le permite engrosar los planos de albañilería cromática. Juega con las disonancias y se ríe de los lechuguinos anémicos que hacen una pintura fácil, de barridos con trapos empapados sólo en trementina y en negro con blanco. Además, abre espacios con vistas al ego. Para el arquitecto es fácil planear una casa con ventana con vista al mar, pero al ego... imposible. Eso es trabajo sólo de pintores como Vergara Grez.

Eduardo Garreau cambia de tema pero no de estilo y enfoque. Lo que está muy bien. Lo que hace, y con estupendo oficio y riqueza de recursos, como el del esgrafiado, calza con la naturaleza de su temperamento. Si García Lorca en un clima de muerte "todo lo vistió de morado", Garreau todo lo sumerge en estameñas de sudarios pardos y negros. La muletilla de sus rasguños va bien a sus desplomes de catástrofe.

Frigerio hace bien en restringir el peso del estilo a lo dinámico. Sin furia y sin danza, sus esquemas se balancean sobre una brisa dramática, de paseos por unos espacios de medias tintas de noble dignidad. Cuidado con el excesivo buen gusto. Rimbaud escribió: "par délicatesse j'ai perdu ma vie".

Guillermo Bert se equilibra como sólo puede hacerlo un sensible exquisito: entre la figuración y el miedo, entre la abstracción y el temor. ¿Por qué la pintura chilena si-

gue siendo tan educada, respetuosa sedosa fina? Decimos esto porque Bert, sin caer en la mariposa, resulta el colmo del refinamiento, y todo exceso, ya se sabe, está a un paso de la debilidad. Atrévase. Aborde la figuración y el arrojo, trate la abstracción y el reto.

Con todo, su Proceso Polaroid III, hay que reconocerlo, es pintura buena.

Hay dos escultores que merecen recuadro, en esta crónica gacetillera. Vamos primero a Hugo León Morales. es de Mejillones. Es vegetariano. Se viste de manera personal como sólo Foujita pudo hacerlo en París. Con su figura de Cristo de Elqui nos impresionó hondamente al cruzar breves palabras. Es de los seres puros e incontaminados que aún sigue produciendo esta tierra.

Su escultura no tiene punto geográfico de nacimiento ni escuela internacional que le acredite pedigree estilístico a la moda. Es sólo de él. No se puede negar que viniendo de una región que tiene ancestros nobilísimos, como los changos, autores de las balsas de cuero de lobo marino, "cosas admirables dignas de memoria", como escribió Gerónimo de Bibar, por un movimiento retrospectivo de una memoria, que llamaremos ancestral, repite la hazaña de sacar todo de la vida, con lo que tiene a mano: arena, cola, embalajes. Pero hay algo que no lo tiene a mano sino in mente: fantasía de la mejor, humor grotesco, donaire para hacer vivir las formas de aquelarre con que nos regala frescamente el sentimiento.

El otro recuadro es para Alejandro Reid. Es lo opuesto del escultor anterior. Linajes escoceses y castellanos se entrecruzan por su sangre. Flemático,